

ni mejor ni más feliz, un inmenso desaliento, y considerando *la inutilidad de todo*, de nuevo deja colgar sobre las manos la cabeza coronada de laurel.

Pobre Mancebo, que de mucho trabajar sobre el universo y sobre ti propio, perdiste la simplicidad y con ella la risa; ¿quieres un humilde consejo? Abandona tu laboratorio, entra de nuevo en la naturaleza, no te compliques con tantas máquinas, no te sutilices en tantos análisis, vive una buena vida de padre pródigo que trabaja la tierra, y reconquistarás, con la salud y con la libertad, el don augusto de reír.

Mas ¿cómo puede escuchar estos consejos de prudencia un desgraciado que, en los pocos años que quedan de siglo, aun ha de descubrir el problema de la comunicación interastral y de asentar sobre bases seguras todas las ciencias psíquicas?

El infeliz está condenado al bostezar infinito. Y tiene por único consuelo que los periódicos le llamen y que él se llame a sí mismo el *Gran Civilizado*.

1891.

reclamante establecido en las almas; no necesita la com-
 profusión ni el de un altar. Victor Hugo es un Dios
 moderno; y convenga que de este modo visible y con-
 preñable a las inteligencias sencillas, fuese consagrado
 lo que en su genio habla de inmensidad y divinidad. La
 iglesia del Panteón, pues, cuya cupula es una de las in-
 mensas sacras más famosas de París, siendo el
 mansoleo del poeta de la

XIII

LOS GRANDES HOMBRES DE FRANCIA

Francia está en este momento ocupada en comprobar con veracidad, pero con método, cuáles son sus grandes hombres. Este inesperado e interesante examen de conciencia está limitado al siglo XIX, y su motivo fué la decisión tomada por el Gobierno de la República de fundar un Panteón Nacional donde esos grandes hombres (o más bien sus huesos), después de bien escogidos y bien purificados, descansan en paz y gloria, *requiescant in pace et gloria*.

El Panteón ya existe y antaño fué una iglesia. Cuando Victor Hugo murió y Francia le deificó, fué necesario, naturalmente, buscar un templo para alojar al dios nuevo. La elección recayó sobre la iglesia de Santa Genoveva, que, por lo demás, durante algunos años de la primera República, ya constituyó un Panteón consagrado (según la inscripción que la adorna) a los grandes hombres por la patria reconocida. Yo, que soy un hugólatra impenitente, no me quejo de que se despoja-se así a Santa Genoveva.

La iglesia no guardaba el cuerpo de la Santa; tenía sólo su nombre. La gloriosa patrona de París ya disfrutó de largos siglos de adoración y su santidad, per-

fectamente establecida en las almas, no necesita la comprobación material de un altar. Víctor Hugo es un Dios moderno; y convenía que, de este modo visible y comprensible a las inteligencias sencillas, fuese consagrado lo que en su genio había de inconsciente y divino. La iglesia del Panteón, pues, cuya cúpula es una de las líneas aéreas más familiares de París, siguió siendo el mausoleo del poeta de *La Leyenda de los Siglos*. Yacen allí también, a lo que parece, en el fondo de criptas mal conocidas, los huesos de Voltaire y de Rousseau. Pero esos restos de los dos precursores, colocados devotamente en el Panteón por la Revolución, luego arrancados de allí con rencor por la Restauración y arrojados a nichos inciertos, después recogidos aprisa y con entusiasmo confuso por la República de 1848, no tienen autenticidad. Y las reliquias de los dos filósofos naturalistas, expuestos a la veneración indolente de la Democracia, son menos genuinas que las reliquias de los santos de que tanto se rieron ellos en el siglo en que se reía. Nadie sube a la montaña de Santa Genoveva para visitar con convicción a Voltaire o a Rousseau. Como santuario, hasta hoy el Panteón era únicamente el santuario del divino Hugo.

15 Pero ahora muere Renan. Y Francia, sin grandes disidencias, procedió a su canonización secular. El autor de *La vida de Jesús* era, sin duda alguna, un gran hombre: o más bien contenía en sí algunos hombres (un heresiarca, un artista, un arqueólogo, un moralista, un metafísico y un sacerdote), todos ellos distintos y hasta superiores, que prestándose unos a otros el auxilio de sus aptitudes especiales, formaban exteriormente la apariencia muy aceptable de un grande hombre. El artista prestaba al erudito la gracia de su arte; el erudito comunicaba al artista la suculencia de su saber. El

sacerdote endulzaba al heresiarca; el metafísico vivificaba al arqueólogo. Y todos contribuían así a construir un admirable Renan. Sin embargo, el hombre que dentro de Renan más ayudó a la gloria de Renan, fué el artista. Tenía el don inefable de cautivar a las muchedumbres, como Orfeo, sólo con arrancar a la lira unos sonos dulces y delicados. No creo que con ese simple tañer de melodía alada edificase, a la manera de Orfeo, ciudades duraderas; pero, como Orfeo, fascinó con la lira a muchas piedras y a muchas alimañas. En resumen, no obstante, era un razonable grande hombre. Y como además de eso, fué un justo (algunos dicen que hasta fué un santo), ampliamente merece la canonización.

Canonizado, debía recogerse, naturalmente, al Panteón. Mas, desde luego, el Panteón dejaba de ser un santuario privilegiado de Hugo, Dios único de nuestras letras. Y desde que así se abría la puerta, democráticamente, a otros dioses, era lógico que se dejase penetrar al santuario a todos aquellos en quienes la multitud hubiera reconocido la señal de la divinidad. El Estado, por lo tanto, declaró el Panteón accesible a todos los grandes hombres de Francia.

16 Pero inmediatamente surgió esta terrible duda: ¿Quiénes son, realmente, los grandes hombres de Francia? Y después, otra duda más perturbadora: ¿Cómo se reconoce un grande hombre? ¿Qué es un grande hombre?

El Gobierno del Sr. Carnot (donde hay filósofos y humanistas de la Escuela Normal), ya tiene una opinión muy nítida y ya la formuló en un decreto. De hecho el Gobierno, nombró ya por decreto a tres grandes hombres. Esos tres grandes hombres (los únicos, por ahora, que Francia posee oficialmente) a quienes se

consagró como un triunfo póstumo el Panteón, son Renan, Michelet y Quinet. Y según los considerandos del Decreto, la grandeza es atribuída a estos tres hombres "por haber defendido el librepensamiento" y luchado en pro de la razón contra la fe. De suerte que, según la definición oficial, grande hombre es aquel que ataca superiormente el catolicismo y a la Iglesia. Sin embargo, este decreto de grandeza, que desde luego excluye de entre los grandes hombres de Francia a Pascal y Bossuet es, por otro lado, injusto, porque no comprende, entre otros, al supremo paladín de la razón con la fe, al heroico Proudhon. ¿Por qué? Porque Proudhon fué un socialista militante. Luego, según el Gobierno, gran hombre en Francia, es aquel que ataca a la Iglesia dentro de un liberalismo metódico y ordenado. Hay espíritus exigentes que consideran esta regla como intolerablemente banal.

Por lo menos, es una regla nacida de un sectarismo muy estrecho y muy seco. Y por eso de todos lados surgieron reclamaciones impacientes. El Sr. Leon Say y otros académicos del Centro Izquierdo, requirieron inmediatamente que a esos tres grandes hombres insuficientes se adicionase otro, el mayor entre todos: Thiers, preceptor de la tercera República y libertador del Territorio... (La cuñada del Sr. Thiers acudió, sin embargo, suplicando al Estado que no perturbase los restos de ese hombre ilustre). Pero ya poetas y literatos declaraban con vivacidad que nunca sería comprensible un Panteón donde no estuviese Lamartine. Y simultáneamente la Academia de Medicina protestó, con indignación, contra una ley que excluía de la grandeza al único hombre verdaderamente grande que Francia tuvo en este siglo: Claudio Bernard, el padre de la fisiología.

En este tiempo ya los novelistas preguntaban con acritud si Francia, en su distribución de glorias póstumas, iba a olvidar a Balzac. Y los músicos acudían también clamando contra la indignidad de no abrir el Panteón para Berlioz. Nadie, sin embargo, reclamó con más alarido que los pintores que consideraban una ofensa al arte francés el no concederse la canonización secular al gran Delacroix y al gran Meissonnier!

A más de estas reivindicaciones de clases (porque vinieron los químicos, los ingenieros, los militares, los anticuarios, los matemáticos, los economistas, etcétera), otras surgieron individuales, todas justas y persuasivas. ¿Cómo? ¿Será posible entre los grandes hombres no colocar al punto en el mejor pedestal a Chateaubriand? ¿Y a Champollion, que descifró los jeroglíficos de los monumentos de Egipto y reveló al mundo la antigüedad faraónica? Indudablemente Champollion es grande... Pero ¿y el mariscal Bugeaud, que, conquistando la Argelia, dió a Francia una colonia magnífica? ¿Y qué es eso delante de Arago, el astrónomo que, a través de los espacios descubrió mundos y completó el mapa del cielo? ¿Y Guizot? ¿Vamos a dejar a Guizot sin grandeza a la puerta del Panteón? Habláis, amigos, y todavía os olvidáis del mayor... En efecto, nadie se acordaba de Augusto Comté. De acuerdo... Augusto Comté... Pero que la consagración de grande hombre sea también otorgada al viejo Alejandro Dumas... Y así, por la patente justicia de todas estas reclamaciones, el Estado, aturdido, dedujo que no habría jamás Panteón donde cupiesen tantos grandes hombres de Francia.

De aquí proviene la necesidad de una selección severa. E inmediatamente reaparece la dificultad inquietante y angustiosa.

—¿Quiénes son, realmente, los grandes hombres de Francia? ¿En qué signos se reconoce a un grande hombre?

La definición de "grande hombre" está hecha ya y con exactitud. El gran hombre es aquel que, por el raciocinio, alcanzó la mayor suma de verdad, o por la imaginación las mayores formas de belleza, o por la acción los más altos resultados que todos sus contemporáneos en la latitud de su siglo. Esta obra, superior en verdad, en belleza, en bondad o en utilidad, es producida por un *no sé qué* que posee el grande hombre, que se llama *genio*, cuya naturaleza no está suficientemente explicada, pero que constituye una fuerza infinitamente mayor que el simple talento, que el simple buen gusto o que la simple virtud.

Dada, sin embargo, la definición, seguimos con las mismas dificultades: y nunca podremos, sólo por ella, organizar una lista de grandes hombres en el siglo XIX, para colocarlos en un Panteón. Sistemas de raciocinio que hace cincuenta años parecían definitivos, formas de belleza que hace cincuenta años parecían perfectas, están hoy en abandono, en desprestigio. Y hechos de hombres, grandes por la acción, y que en su tiempo pasaban por hechos sublimes, vinieron, por fin, a ser maldecidos, porque, en definitiva, sólo acarrearaban desastres. (*Vide* Napoleón.)

La única regla tal vez segura para decretar que alguien es un grande hombre será el entusiasmo de la multitud. No la popularidad—porque entonces el mayor francés del siglo XIX sería tal vez Offenbach (*proh, pudor!*); sino ese entusiasmo inconsciente, casi religioso, semi-nacido de la adivinación, que hace exclamar sin pruebas, sin elementos de juicio sólido: "Aquél es un grande hombre." Esa vaga *vox populi* es tal vez el

indicio más cierto de la presencia del Dios. El instinto de las turbas fué siempre adivinatorio; y sólo él puede tal vez sorprender bien, a través de las flaquezas, de los errores y de la obra imperfecta, la existencia, dentro de cierto hombre, de cualidades superiores a las de todos los hombres, y que por encima de todos los hombres le deben elevar, aun cuando las limitaciones del tiempo y de la civilización ambiente, o las propias limitaciones humanas, no les permitiesen el desenvolvimiento pleno. Ahora bien, a juzgar por la suprema voz del pueblo, el único grande hombre que Francia ha tenido en este siglo es Víctor Hugo. Puede el Estado decretar y las Academias decidir que haya otros grandes hombres. La multitud sólo conoce y acepta a Víctor Hugo. ¿Por qué? Sin duda alguna la multitud no lo sabe. Hasta admito (como afirman algunos críticos) que ella nunca hubiese leído los poemas de Hugo. ¿Qué importa? Víctor Hugo es sólo para ella un nombre vago; pero un nombre vago y sublime que llena el siglo y el mundo. Que la filosofía de Hugo tuviera tanta puerilidad como su sociología, que su visión fuese descomunal y falsa, que su lirismo esté repleto de énfasis; eso reza con los críticos, con los literatos. La multitud no leyó y no desmenuza.

Lo que conoce solamente son los rasgos, como si dijéramos, exteriores que constituyen la espléndida personalidad de Hugo; su nombre volando por toda la tierra; la isla altiva y agreste que habitaba en medio del mar; sus combates de Hércules contra todas las tiranías; el enternecimiento de sus llamadas sublimes a la bondad y a la clemencia; su amplia fraternidad; su piedad infinita por los sencillos y por los débiles; su vuelta del destierro en un incomparable triunfo; su vejez augusta, celebrada por toda Francia, en fiestas casi religio-

sas; su fin de apoteosis y todas las ciudades de la tierra celebrando sus funerales.

Y esto es lo que la multitud conoce; y por estas señales, que no encuentra en ningún otro, ella siente y consagra al grande hombre.

En vano le dirán que hay otros tan grandes como éste y que merecen que la patria les honre—como el señor Juan Bautista Say, el señor Ingres, el señor Arago, etc. La multitud nunca lo creerá.

Y el Gobierno, que en una democracia debe ser como la conciencia superior de la multitud, obraría excelentemente no buscando más grandes hombres y limitándose a poseer éste y a dejarlo solitario en su Panteón, como fué único en el siglo por el genio y por la universalidad de la gloria.

De todos los demás no se puede afirmar que son grandes, sino dando en largos considerandos las razones de esa grandeza. Todos ellos necesitan el *quod erat demonstrandum*... Y la demostración está sujeta a dudas, a discusiones y a protestas. Queda, sobre todo, incomprendida por la multitud.

Víctor Hugo, al menos, es un grande hombre—que no necesita demostración...

1892.

XIV

UN SANTO MODERNO

El Cardenal Manning, Cardenal-Arzbispo de Westminster, Primado de la Iglesia católica en Inglaterra, fué un santo; pero fué un santo del siglo XIX. La esencia de la santidad no difiere con las épocas; y el alma de un santo que viva en este año de gracia de 1892, en el fragor y en la humareda de Londres, es aún idéntica, en sus cualidades mejores, al alma de un San Antonio en el desierto o de un San Francisco de Asís.

No obstante, la forma de esa cantidad ha de ser completamente distinta, para que los hombres la comprendan, le reconozcan el origen divino y la acepten como fuerza redentora que los ha de hacer mejores. Un San Antonio, cubierto de llagas de penitencia, comiendo raíces en una cueva, a orilla de un río caudaloso, y rechazando de noche, con gritos desoladores, los asaltos de Satanás; un San Francisco de Asís, robando a su padre para edificar capillas, abrazando a los árboles, llorando por la abundancia de su amor y predicando ardientemente a las aves y a los rebaños en medio de los campos; un San Juan de Dios, despojándose de todo, en una plaza de Sevilla, para regalárselo a unas criaturitas desnudas, no podrían persistir durante

un día en medio de nuestra civilización, donde todo lo que sobresale de la medianía y desconcierta la rutina armoniosa es eliminado por la policía en nombre del orden.

Y estos tres grandes santos, de los más puros de la cristiandad, considerados hoy por la magistratura y por la ciencia como vagabundos o insensatos, terminarían su sueño celeste en asilos, si no en prisiones. El santo que Inglaterra acaba de perder (en la Edad Media el cronista diría "de lograr"), el Arzobispo-Cardenal de Westminster tenía un alma de tanta piedad como San Antonio y de tanta caridad como San Juan de Dios... Si hubiese nacido siendo Eduardo *el Confesor* Rey de Inglaterra, ciertamente en días de nieve se despojaría también en las calles de Londres para vestir a las criaturitas. Pero nació después de la Enciclopedia, fué educado en la Universidad de Oxford, vivió en la era victoriana, y su santidad tomó, naturalmente, *la forma social*, única que podría ser comprendida en nuestros tiempos y producir en ellos un bien visible.

Como santo, su vida íntima no se aparta mucho, sin embargo, de la vida de los otros santos del *Hagiologio*. Comenzó, como tantos, desde San Agustín, por vivir en el error; o en aquella fe que descubrió después ser el error. Sufrió las pasiones de la carne, y de ellas sólo conservó la tristeza y la amargura. Hizo penitencia, y, como otros santos, *conoció por fin al Señor*.

Rico, repartió todos sus bienes entre los pobres. Prelado y príncipe de la Iglesia, mantuvo un austero vivir de renunciamiento y de abstinencia. Si no se alimentaba de raíces podridas, como san Pacomio, nunca cuidó del cuerpo más de lo necesario para sostener el alma. Habitaba en el Palacio Episcopal el cuarto más reducido y más frío. Su ocupación preferida fué constante-

mente la oración. Tuvo para toda culpa un perdón fraternal; y ningún corazón se separó de él sin consuelo. Su propia figura, descarnada, demacrada, color de marfil viejo, era la de un San Bruno. A la manera de todos los ascetas, vivió mucho más de los ochenta años, siempre flaco, pero sustentado por la gracia. Sus últimas palabras fueron: "¡Paz, inmensa paz!", como santo ya educado en Oxford, que sabe bien que el cielo no es un *sitio*, sino un *estado*. Todos estos rasgos podrían formar una *Vida devota* en la colección de los Bolandistas. No hubo en ella milagros, por culpa de Voltaire, de Darwin y de los tiempos modernos. Y si las imaginaciones de nuestro siglo poseyesen la infinita potencia de visión de las imaginaciones del siglo XII, los canónigos de Westminster, que rodeaban su lecho, habrían visto resplandecer en el aire la blancura y las alas de los ángeles que descendían del cielo a recoger el alma del santo Cardenal para conducirla, cantando, al seno del Señor.

Públicamente, sin embargo, la vida del Cardenal Mannings fué la de un tribuno y la de un reformador. Y aquel espíritu, que sólo apetecía la paz del cielo, para realizar mandatos del cielo, no dejó de mezclarse al mundo, a los clamores y a las luchas del mundo con pasión, a veces con violencia. Dos grandes motivos dominaron esta su enérgica actividad temporal: extender en Inglaterra la influencia de la Iglesia católica y mejorar en todas las tierras la vida de las gentes pobres. Dentro de las limitaciones del tiempo y de la doctrina, fué un San Pablo y un Carlos Marx. Y estas dos grandes obras de Iglesia y de Revolución confundíanse en su espíritu, que era simultáneamente ultramontano y democrático. El fin del Catolicismo en esta última parte del siglo XIX debía, según su

idea, ser la redención definitiva de los obreros, los modernos esclavos del industrialismo: y esa redención sólo podría ser intentada y realizada por la Iglesia de Roma, con su conquistador espíritu de caridad universal.

El Cardenal puso al servicio de estas dos obras una alta inteligencia, y (lo que en un apóstol vale tal vez más) un sutil poder de seducción. Era tal vez por esta cualidad por la que él más seguramente triunfaba. Su inteligencia, principalmente en sus últimos tiempos, estaba un poco envuelta en una niebla filosófico-humanitaria, que le disminuía la precisión, la vivacidad y la certeza, y, por lo tanto, la fuerza persuasiva. Pero su entusiasmo, las nobles simpatías de su amplio corazón, su dulzura, su enternecida bondad, su magnetismo espiritual, operaban siempre con irresistible simpatía. Su naturaleza era emocional, no intelectual. No atraía por su pensar, sino por su humanidad sensible.

El Cardenal Manning fué un gran fascinador de almas. Ya en el púlpito y en el confesionario de Santa María de los Angeles, pequeña capilla en Bayswáter y su verdadera sede pastoral; ya en las poderosas Sociedades que fundó y que dirigía, para mejorar todo el vivir moral y material de los pobres; ya en las huelgas, en los ásperos conflictos del capital y el trabajo, en que él aparecía como venerable árbitro, fué por la seducción y no por el raciocinio, por lo que siempre convenció y venció. En esto mostraba también un don especial de los santos.

Así, durante cerca de medio siglo, con inquebrantable voluntad, hizo la propaganda de la Iglesia Romana y de la justicia social.

Mas el apostolado en pro de su iglesia, que al comienzo de su carrera fué ruidoso, polemista, contro-

vertista, agresivo para con las iglesias disidentes, había tomado en los últimos tiempos un carácter más discreto, casi íntimo; y del antiguo fragor de su batalla teológica sólo quedaba un murmullo de confesionario. Por el contrario, el amor a los pobres, que en sus primeros años de actividad fuera en él solamente un pasivo y poético humanitarismo, se convirtió después en su misión máxima, una misión exaltada, inventiva, iniciadora, que le lanzaba siempre hacia el lado de aquellos que sufren y piden una mejor distribución de los bienes humanos.

Poseedor de una inmensa autoridad moral, Príncipe de la Iglesia y, como tal, resumiendo en sí una amplia porción de la fuerza de la Iglesia, centro de una vigorosa corriente de beneficencia, que le traía el oro a manos llenas, él lo puso todo al lado de los pobres: oro, influencia de la Iglesia y suave prestigio de su virtud. Pobre él mismo, porque su fortuna se disipó toda en caridades, se mezclaba a las plebes menos como un majestuoso protector que como un hermano sencillo. Para él, como para los santos de la Edad Media, *aquel que tenía hambre y sed* era el elegido de Dios, el bienaventurado enviado por Dios, a quien son debidos todos los respetos antes de que le sea dado el reino final del cielo; y la historia que de él se cuenta de haber un día, en la antecámara del Palacio Episcopal, donde le esperaban una pobre viejecita y una duquesa, corrido a apretar la mano de la mendiga, sin saludar siquiera a la aristócrata, simboliza paralelamente, tal vez en un comienzo de leyenda, su índole de santo, sus íntimos impulsos de ascetismo medioeval (1).

(1) La armoniosa serenidad con que trata Eça de Queiroz este tema le impide comprobar y testificar con documentos esta anécdota, que es auténtica.—N. del T.

Por eso Londres le llamó *El Cardenal de los pobres*. Y son sobre todo los pobres los que, por la sinceridad de su dolor, están convirtiendo su muerte en apoteosis. Cuando todos los periódicos de Inglaterra le están dedicando conmovedores estudios; cuando en todos los púlpitos los predicadores protestantes celebran con veneración la memoria del prelado católico; cuando la Corte, las Magistraturas, las Academias, las Asociaciones prestan a su féretro la pleitesía tradicional de las flores, se trata de una sociedad muy culta y consciente que lamenta la pérdida de un ciudadano grande por el saber, por la virtud, por la energía civilizadora. Pero cuando de todos los barrios humildes de Londres acuden multitudes al Palacio Episcopal a contemplar por última vez en la capilla ardiente donde reposa al viejo cardenal de los pobres; cuando millares de obreros, en una reverente procesión que se extiende por tres leguas de calles, acompañan a su sepelio; cuando mujeres trabajadoras y niños van a ofrendar ramos de flores silvestres sobre la tierra que le cubre,—es un pueblo que llora a su buen amigo, al padre que vivió para hacerles bien, y por el bien que les hizo subió al cielo. Hoy ya no es el Papa quien canoniza, sino el pueblo. Y en este momento, en pleno siglo XIX, Inglaterra, que fué antaño la tierra de los santos, y donde tan intensa y pura se conserva la emoción religiosa,—está creando y consagrando a un santo.

1892.

XV

EUROPA EN RESUMEN

De todas las cinco partes del mundo, Europa, a pesar de estar tan gastada, sigue siendo, indiscutiblemente, la más interesante; y sólo ella, entre todos los continentes, constituye, en realidad, un continente general de instrucción y recreo. No tiene (es cierto), como su madre Asia, esa espléndida diversidad de razas, de instituciones, de mitologías, de arquitecturas, de trajes, de ceremoniales que ofrece a los ojos maravillados del artista, desde Jaffa hasta Yeddo, y desde Ceilán hasta el Thibet, un incomparable tesoro de formas y de colores; nosotros aquí somos todos indogermánicos, usamos todos el mismo sombrero de copa alta, vivimos todos dentro de las mismas paredes de estuco, y el tono de nuestras multitudes es el mismo uniforme y parduzco. No tiene tampoco, como Africa, la irresistible seducción de lo Desconocido, de un vasto suelo que los africanistas afirman que está lleno del divino oro; aquí no hay monte o valle del cual no se hiciese ya una fotografía o una descripción en las Guías Bedøker, y de oro no poseemos ni una partícula; todo es papel-moneda. Tampoco podemos, como América, ofrecer al diletantismo crítico el sugestivo espec-